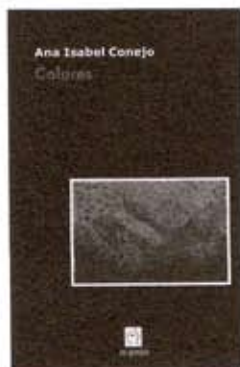


# Poesía de la mano de Ludwig Wittgenstein

Salvador Clotas



COLORES  
Ana Isabel Conejo  
La garúa  
Barcelona, 2007

«El griego antiguo no dispone de un término específico que designe el azul.» Estas palabras, que podrían ser el comienzo de un ensayo, incluso de una tesis o un estudio científico, son el primer verso de un libro de poemas que, a mi modesto entender, no debería pasar desapercibido. Debo confesar que en mi peripecia de lector de poesía, desordenado aunque asiduo, de vez en cuando tropiezo con un libro como éste, que consigue sorprenderme y cautivarme. Se trata del poemario *Colores* de Ana Isabel Conejo, que ha obtenido el premio internacional de poesía Marius Sampere, patrocinado por el Ayuntamiento de Santa Coloma de Gramanet en su segunda convocatoria.

Ana Isabel Conejo ya es autora de cinco libros de poesía que han obtenido diversos premios. Quisiera destacar *Vidrios, vasos, luz, tardes*, accésit del premio Adonais de 2003, por cuyo título, ya que no he leído el libro, colijo que algo tiene que ver con el libro que se ha premiado en esta ocasión. Y *Atlas*, que ganó por unanimidad el xx premio de poesía Hiperión. Es asimismo autora de una novela titulada *Los cabellos de Santa Cristina*. Posee una formación científica y, como demuestra su obra poética, un amplísimo bagaje cultural, filosófico y literario.

*Colores*, como ya he dicho, es una obra sorprendente que se caracteriza por su originalidad, su coherencia estética y filosófica y por una innegable belleza literaria. Quizá no resulte un libro fácil para cierto tipo de lectores, no tanto porque sus conceptos o imágenes resulten oscuros o complejos, sino por la aparente brusquedad de su lenguaje, que constituye, sin embargo, su más clara y personal identidad poética. Como todo libro de poemas, lo importante es sumergirse en el misterio o la claridad de su lectura. Creo que sería un error que la audacia de la autora nos indujera a plantearnos qué es poesía, ya que esta larga reflexión siempre acaba afirmando que poesía es, entre otras cosas, lo que escriben los poetas.

El libro se abre con una frase del gran filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, autor de la obra *Tractatus logicus-philosophicus*, que, al revés de lo que ocurre con muchas de estas citas a modo de frontispicio, resulta de una importancia decisiva para la lectura de la obra o al menos para una determinada lectura, como la mía: «Yo digo: quien no puede jugar este juego, no tiene ese concepto.»

No sería capaz, ni creo que sea necesario, de clasificar esta obra dentro del universo de la actual poesía española. Desde luego, no se trata de poesía de la experiencia ni mucho menos de una poesía caracterizada por la musicalidad del verso. Su apuesta es muy personal y nos lleva a la conexión entre poesía y conocimiento. Los diversos temas aparecen como en un ensayo o como en un estudio sobre los colores y la luz. Casi todos los poemas se dedican a un color desde muy distintas perspectivas. ¿De dónde extrae la autora esos datos, conocimientos, historias que traslada a sus poemas y a través de los cuales contempla los colores en un juego o concepción absolutamente personales? Aunque con el riesgo que implica toda simplificación, yo distinguiría cuatro temas bien separados. La historia, rescatando hechos pocos conocidos como ocurre en los poemas «Griegos» sobre la inexistencia de la palabra azul en el griego antiguo o «Tintoreros», que nos remonta al Rouen del xvi, o los poemas «Índigo» o «Púrpura». La pintura, como en los poemas dedicados al mediocre Roselli, al retrato del matrimonio Arnolfini, a la paleta de Velázquez, a Turner o a la carta a Theo van Gogh, bellísimo y fundamental poema para mi lectura de *Colores*. La naturaleza y el reino animal, donde encuentra la autora temas que le permiten desarrollar su medido proyecto poético: «Hojas de otoño», «Mariposas», «Camaleón», «Loros».

Finalmente, muy pocos y algo alejados de la concepción poética que predomina en el libro, no faltan poemas relacionados con su experiencia personal como «Chrysopoeia» o el

excelente poema «Negro», en el que a través de un color y su simbología refleja con dureza recuerdos familiares —imagino por el lenguaje empleado—, por la contemplación de viejas fotos. Se inicia con un verso curiosamente machadiano: «Hay en los trajes de los muertos arrugas tan perfectas como el instante».

El bisabuelo, con todas las golondrinas de África pasando detrás de sus parpados; la bisabuela, vestida de silencio y de sombra; el padre, una ignorancia total de la alegría, y la madre, en una calle de Madrid caminado con su falda de tubo, «y aquel vestido mío de terciopelo», constituyen el álbum familiar. De la contemplación de esas fotos en clave de negro extrae una primera reflexión, una impresión de fracaso y engaño: «todas las ocasiones perdidas, todas esas / eternidades fraudulentas». El poema finaliza con unos versos de extraordinaria fuerza: «[T] odo ese hollín del fuego de la vida, / ese luto / de los cuerpos inmóviles revelados en plata / y en emulsión de olvido, / de rencor».

A lo largo de las páginas contemplamos incansablemente la realidad a través de los colores y la luz en un ejercicio epistemológico que nos descubre el carácter más profundo de esta poesía. El lento aprendizaje de los colores, de su nombre. Colores que la autora convierte en un lenguaje inédito, adentrándose en sus leyes secretas, como Van Gogh.

Como ya el lector ha podido deducir, *Colores* es una obra dotada de una fuerte unidad. Aunque se trata de una colección de poemas, no de un poema dividido en partes, el libro se estructura a partir del primer poema, «Griegos», que nos recuerda inmediatamente la frase del segundo Wittgenstein que encabeza todo el poemario.

El griego antiguo no dispone de un término específico para designar el azul, los griegos eran insensibles al azul. Veían «sólo el color del cielo / en aquella ciudad y en aquella hora: / un color indecible, hecho de tarde y cantos / de pájaros oscuros en las ramas...».

Ellos no veían el azul como nosotros; nosotros no podemos ver lo que ellos veían, como tampoco vemos los siete blancos que un esquimal distingue con nombres distintos. A partir de este inicio, los poemas de *Colores* nos van mostrando este especial acercamiento epistemológico a los colores. No es posible hablar de ellos fuera de las realidades concretas que les dan sentido: la historia, el arte o la vida. El poema «Cartas a Theo», para mí uno de los mejores de la obra, nos da alguna de las claves fundamentales del libro: «No está en mí la verdad. No está en las / cosas, / sino en la audaz acción de la mirada».

A continuación, en tres versos nos proporciona una impresionante descripción de la pintura de Van Gogh: «Girasoles en llamas, estrellas como soles, / tristeza de domingos con las paredes rojas / y los billares verdes. Yo no soy lo que pinto».

El libro se cierra con un espléndido poema, «Esencias», que resume, en cierto modo, toda la obra y constituye su mejor clave interpretativa. Las cosas, nos dice, tienen el significado que el uso les otorga. Otra vez, el segundo Wittgenstein. En los últimos versos del poema que transcribo íntegramente, la autora especifica con una claridad expositiva que seguramente asustaría a muchos poetas, cuál ha sido su propósito y cuál es lo que podríamos llamar su arte poética:

Porque un color es sólo  
el largo aprendizaje de su nombre  
a través de la lengua y la costumbre,  
un largo entrenamiento poético del ojo  
sometido al lenguaje, una palabra  
que fructifica en luz  
engendrando infinitos matices del instante,  
múltiples realidades interiores  
e innumerables hechos de la vida.

Para mí es, sencillamente, un libro sorprendente y excepcional. □